

LA FELICIDAD

por L. E. Délano

(VIENE DE LA 1a PAGINA)

Adiós, amigos míos. Si dentro de un año, es decir el próximo 7 de agosto, estoy en Londres os iré a pedir de cenar a la Posada de Carlos II.

—Pero si no has tomado billete!, dijo Lamb asombrado. ¿Cómo vas a embarcar?

—No me hace falta.

Los maliciosos ojos iban de los bigotes de Forbes a las arrugas que la princesa india escribiera sobre la frente de Lamb.

Este le dijo:

—Quiero que me hagas un favor, Jones. Guarda en tu zurrón este dinero.

Se trataba de un hermoso, un enorme, un auténtico billete de cien libras.

—Gracias, dijo Jones, rechazando suavemente el regalo. Gracias, Lamb, eres un noble camarada; pero en realidad no necesito ese dinero; tengo lo suficiente.

—¿Cuánto tienes?, preguntó Forbes, poseido de una ardiente curiosidad.

—Catorce chelines.

—Jones, insistió Lamb, — eso se te acabará muy pronto...

—¿Qué? ¿Catorce chelines? Estás loco, Lamb. Con una suma así yo tengo para vivir hasta el fin de mis días.

Hablaban sencilla y firmemente, con una convicción inalterable. Abrazó a sus dos amigos y estos vieron, con un asombro que les dilataba los ojos, que el vagabundo, después de cerciorarse de que nadie lo miraba, iba a instalarse, medio tendido, bajo el último coche del tren, junto a los ejes de las ruedas, entre los hierros que sostienen la armazón.

La máquina silbó desagradablemente, hubo un movimiento más acelerado de viajeros que subían y bajaban y el tren echó a andar, con marcha lenta y pesada, y resoplando como un enfermo de asma.